

Cossio  
El misionario

# Cossío

## el misionario

La Institución Libre de Enseñanza fue fundada en 1876 y perduró hasta 1936. Su ideario pedagógico recogía lo más progresista de las experiencias que en ese momento se desarrollaban en Europa: educación integral y armónica, no confesional, métodos intuitivos y activos, coeducación, juegos al aire libre, centralidad del niño como protagonista de la propia educación, relaciones familiares entre maestros y alumnos, contacto con la naturaleza... Fue la institución educativa no religiosa que más influyó en la sociedad española mientras existió, la más atenta a los debates pedagógicos que se producían dentro y fuera de España, la que formaría

a la élite intelectual más interesada en el desarrollo social de su país y, también, la más atacada desde los púlpitos, cartas pastorales y periódicos católicos.

Entre el grupo de personas que determinaron su carácter hay que mencionar obligatoriamente a Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) y a su brazo derecho y continuador de la obra, Manuel Bartolomé Cossío (1857-1935). Importantes experiencias pedagógicas como la Junta para Ampliación de Estudios (1907), la Residencia de Estudiantes (1910), el Instituto Escuela (1918) y las Misiones Pedagógicas (1931) se deben a la influencia de la Institución.

## C

Nacido en Haro en 1857, Manuel Bartolomé Cossío, más conocido por este segundo apellido, se encontrará, al entrar a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, con tres alumnos algo mayores que él, con los que entablará amistad: Leopoldo Alas (el futuro *Clarín*), Marcelino Menéndez Pelayo y Joaquín Costa. Pero ya con 19 años, cuando se crea la Institución Libre de Enseñanza, Cossío pertenece al grupo de jóvenes que actúan en ella bajo el influjo personalísimo de Francisco Giner de los Ríos y en ella trabajará desde entonces (1876) hasta la muerte de su maestro (1915). Respecto a la devoción que Cossío y otros contemporáneos sentían por Giner de los Ríos, señala Julio Caro Baroja: “fue aquella una devoción comparable o paralela a la que algunos jóvenes atenienses tuvieron por Sócrates. Una devoción en la que el magisterio repercutía en la conducta, año tras año, influyendo de modo absoluto no sólo en la vida profesional o pública, sino también en la privada. Así, a los veintitantos años, Cossío se encontró sometido a

dos grandes corrientes. Una, la que representaba más el influjo de Giner, que le llevó a ser pedagogo, a estudiar los problemas de la Educación. Otra, la que dictaba una vocación sin duda más honda y personal, que le orientaba hacia el estudio de las Bellas Artes”.

Cossío, huérfano de padre a los catorce años, y Giner, dieciocho años mayor, mantendrán una relación que podríamos calificar como paternofilia. Orientado, ayudado por Giner, Cossío termina su carrera de modo brillante y en 1879 y 1880 realiza un viaje, cosa rara entre los estudiantes españoles de la época, por Italia, fundamental para su formación. Allí seguirá su doble camino asistiendo a cursos de Historia y Arte, por un lado, y de Pedagogía y Filosofía, por otro.

En 1880 acude al Congreso Internacional de Enseñanza en Bruselas donde aprende los métodos pedagógicos de la Escuela Modelo. De vuelta a España, con 23 años, obtiene la cátedra de Teoría e Historia del Arte de la Escuela de Bellas Artes de Bar-



El Teatro y Coro en Montejo de la Sierra, Madrid

celona, que desempeña durante poco tiempo, pues en 1882 se crea el Museo Pedagógico Nacional de Madrid, y tras la consabida oposición, Cossío es nombrado director, puesto que desempeñará hasta su jubilación en 1927, en que pasa a ser director honorario. El Museo Pedagógico, en palabras del propio Cossío, quería “contribuir al estudio de los problemas modernos de la pedagogía, dar a conocer en España el movimiento pedagógico extranjero y ayudar a la formación de los maestros”. Sus antecedentes se encuentran en los numerosos museos pedagógicos que proliferaron en Europa a partir de la segunda mitad del siglo XIX, en respuesta a las nuevas necesidades de formación de los maestros. Los Museos Pedagógicos eran centros que albergaban una biblioteca de obras de educación, legislación y administración escolares, así como de otras materias, junto a colecciones de material de enseñanza y de mobiliario esco-

lar que cumplieran una función didáctica. La biblioteca del Museo Pedagógico, que actualmente se conserva en la Residencia de Estudiantes, se compone de cerca de 35.000 libros, 300 títulos de revistas y más de 10.000 folletos. En las primeras décadas del siglo XX sería la segunda biblioteca de Madrid con mayor número de lectores, después de la Nacional. En los años veinte creó la Biblioteca Circulante para niños con libros de literatura, viajes, historia, etcétera.

Casado con la gallega Carmen Cortón, no dejó de convivir con Giner. La casa del matrimonio Cossío era la de Giner, y también los veraneos eran conjuntos. En 1904 se crea la cátedra de Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, y Cossío fue nombrado titular de la misma. Sus actividades docentes se multiplican.

Al morir Giner en 1915, Cossío con más de 55 años y ya enfermo, toma la dirección del Instituto Libre de Enseñanza.



En 1882 se celebra en Madrid el primer Congreso Nacional Pedagógico. Cossío pronuncia el discurso *Carácter de la educación primaria*; lo sorprendente es que ya apunta muchos rasgos de lo que cincuenta años después serán las Misiones Pedagógicas:

“(…) Si la población rural entiende poco de refinamientos sociales, si es ruda, si carece de ocasiones en la vida donde pueda aprender fácilmente sus derechos y sus deberes, si siente poco, o siente de una manera extraviada, está en peligro siempre de caer de lado de los apetitos egoístas; acudamos, pues, a prevenir este riesgo con la sociología y con el derecho, con la moral y la lógica, con la literatura, la música, las bellas artes, con todas las enseñanzas, en fin, que se refieren a la vida del espíritu, como contrapeso del trabajo corporal que allí domina; porque, tal vez, la escuela es la única fuente que tiene el campesino donde hallar todas estas cosas, y el único camino quizá, y desde luego el más directo, por donde pueda llegar hasta él su saludable influjo. El niño de la ciudad tiene el periódico, el teatro, la conversación culta de la atmósfera que le rodea, los museos, una exposición permanente en los escaparates de cada tienda; pero el pobre niño del campo, ¿dónde puede ver jamás una esta-

tua? ¿Quién le dirá que ha habido un Shakespeare o un Velázquez? ¿Quién le hará sentir la belleza de una melodía de Mozart, de una estrofa de Calderón o, al menos, de un *Eco Nacional* de Ruiz Aguilera? ¿Quién le excitará a que levante sus ojos de esa tierra que fecunda ya quizá al lado de sus padres? ¿Quién le instará para que piense, reflexione sobre algo que no sea corporal, ni quién le llamará la atención jamás sobre el placer que de la reflexión resulte? ¿Dónde, si no es en la escuela, podrá enterarse con fundamento de sus deberes naturales, de sus derechos como ciudadano, del régimen de los poderes públicos en su patria, y por dónde, si no es por este camino, ha de llegar algún día a ejercer aquellos derechos con conciencia, a estimarse a sí propio y a dejar de ser ciego instrumento como lo es ahora, en las manos de cualquier intrigante que lo explote para alcanzar sus fines?

(…) En vez de enviar a las escuelas rurales los maestros *incompletos*, los de menor cultura, los más faltos de flexibilidad para el trato y relaciones sociales –gravísimo error en que no se ha pensado y con el cual se perpetuará, a no dudar, el atraso de la población de nuestros campos–, enviemos a ellas los mejores maestros, no solo los mejores en el saber, sino en algo más importante para este

ministerio: en vocación; enviemos hombres superiores, de elevada cultura, de abnegación sin límites; remunerémoslos, no decorosamente, sino hasta espléndidamente; pero con tal que su vocación sea tan probada y decidida, repito, que estuvieran dispuestos, si fuera preciso, a realizar su obra sin estipendio alguno, como un verdadero apostolado: misioneros de la educación, hombres distinguidos por su espíritu y hasta por sus maneras, capaces no ya de alternar de igual a igual con el abogado, con el juez, con el médico, con el ingeniero, con el sacerdote, sino de influir y estimularlos a auxiliarles en su obra. Y es que el influjo de un maestro de estas condiciones dentro de su escuela rural –vosotros lo sabéis mejor que yo– es inmenso, y lo sería, no solo para la escuela, sino para la familia, porque uno de los grandes educadores de la familia en los tiempos modernos es el niño mediante la escuela”.

En 1899, al analizar las reformas que reclama la educación nacional señala en lo relativo a la primera enseñanza: “Para mejorar en lo posible y rápidamente el personal existente, el profesorado del curso central escogería el personal que estimase más apto entre los maestros actuales; les daría una preparación breve e intensiva, no de contenido, sino pedagógica (...), y los enviaría en grupos de dos o tres por regiones, a modo de misioneros, para que en las cabezas de partido fueran reuniendo a los maestros, diciéndoles prácticamente qué es lo que en las condiciones actuales podrían hacer con objeto de mejorar su enseñanza. Estas misiones, durante muchos años, deben constituir una función permanente, de que

las Normales y la Inspección se habrían de encargar, cuando funcionen debidamente.

Creación inmediata de Bibliotecas pedagógicas en las cabezas de partido. Selectas, pequeñas, baratas y con ejemplares dobles, por lo menos, para que circulen entre todos los maestros de los pueblos.

Pero recuérdese bien que todo esto, sin ir acompañado, y más bien, precedido del aumento de las dotaciones inferiores y del pago al día, es letra muerta y tiempo perdido”.

Y en 1922, en un momento en que pareció que Alfonso XIII iba a facilitar una mayor participación de los intelectuales liberales en la gobernación del país, lanzó una propuesta al Pleno del Consejo de Instrucción Pública para la reforma de la primera enseñanza:

“misiones ambulantes de los mejores maestros, empezando por las localidades más necesitadas, para llevar animación espiritual al pueblo, para fomentar y mantener la vocación y la cultura de los demás maestros. (...)

Fomento de obras escolares complementarias. En las ciudades, sobre todo, jardines y campos de juego; cantinas, colonias de verano y escuelas de bosque, dicho está que para los más necesitados. En los distritos rurales, colonias ciudadanas y aparatos de proyección ambulantes. Y en todas partes, sin perjuicio de intensificar y especialmente de hacer efectivas las bibliotecas circulantes, ya iniciadas para maestros y niños, extendiéndolas a todo el público, crear numerosas bibliotecas muy modestas, pero muy fáciles, abiertas desde el anochecer cuatro o cinco horas.”

## S

Fue Cossío quien publicó el primer y esencial tratado sobre El Greco, pintor hasta entonces mal conocido, el que lo dio a conocer al mundo. Cossío siente interés por este pintor ya en la década de 1880 y el propósito de redactar un libro se perfila en la siguiente. Pero habrá que esperar hasta 1908 para que el libro salga a las librerías. Mientras tanto, una ardua labor técnica, especialmente de catalogación (los cuadros localizados en España, en el extranjero, los de paradero desconocido, los falsos), y de acceso a las fuentes docu-

mentales. Para ello, sin correo electrónico ni fax, hubo de recurrir a una amplia correspondencia y al contacto directo con aristócratas, coleccionistas, chamarileros, archiveros, anticuarios...

El libro fue un éxito de crítica. A los pocos meses Cossío hace un viaje por Europa y constata que la publicación del libro le abre todas las puertas y su prestigio en las universidades germánicas. En las próximas décadas todo crítico o historiador del arte extranjero que pase por Madrid querrá conocer a Cossío.



En el Museo del Pueblo

El que hoy esté interesado en comprar este libro lo tendrá un poco difícil. Habrá de rebuscar en algunas librerías el número 500 de la colección Austral de Espasa Calpe. Sí,

*El Greco* de Manuel B. Cossío (4ª ed., 1983, 350 páginas). Pero el que lo quiera leer, ese sí, lo tiene más fácil: prácticamente disponen de él todas las Bibliotecas Públicas del Estado.

## S

Ya está viejo Cossío, y enfermo, cuando se le nombra presidente del Patronato de Misiones Pedagógicas, que van a realizar uno de sus más antiguos sueños: llevar a las aldeas más apartadas y escondidas una escuela ambulante que no expida diplomas, que divierta y haga gozar con aquello que no es necesario para el trabajo. A las Misiones consagrará sus mejores ilusiones. Prostrado en el lecho, y auxiliado por Luis Santullano, uno de sus discípulos predilectos, las dirige con minucioso cuidado: escribe las palabras que serán leídas en todas las misiones, selecciona el Museo Circulante, horas de conversación con los jóvenes de Misiones Pedagógicas, selecciona personal.

Otero Urtaza, en su libro *Las Misiones Pedagógicas*, narra cómo Rafael Dieste, que estaba muy interesado en el estudio de tradiciones vivas y maneras de lenguaje coloquial, se presentó a Pedro Salinas, que dirigía la sección de Literatura Contemporánea de la Junta para Ampliación de Estudios (y era vocal del Patronato de Misiones Pedagógicas), con una solicitud que carecía de

antecedentes: quería una beca para el interior de España. Salinas, que le escuchó con atención y simpatía, le respondió que las pensiones se concedían únicamente para realizar estudios en el extranjero, pero le ofreció la posibilidad de entrar en las Misiones Pedagógicas y organizar un teatro Guiñol, proyecto que había previsto el Patronato llevar adelante. Dieste aceptó inmediatamente y fue a visitar a Cossío, que preceptivamente conversaba con los nuevos misioneros: "Hice, pues, mi visita a don Manuel Bartolomé Cossío, y su trato y presencia figuran entre mis recuerdos más nobles y alentadores... Se estableció inmediatamente una maravillosa camaradería, llena de gracia, principalmente por su parte, y pródiga en inspiraciones y sorpresas. No puedo recordar concretamente de qué hablamos. De España, sin duda, pero de un modo multiforme, con vivacidad de ejemplos y de improvisadas reflexiones". El dictamen que Cossío dio a Salinas sobre Dieste fue: "De acuerdo con su incorporación. Es una persona".

Cuando en mayo de 1931 se publica el decreto que designa la creación del Patronato, Cossío se encuentra en una clínica en Suiza. Alejandro Lerroux, ministro de Estado, le hace una visita en junio para pedirle "que se prepare a ocupar la Presidencia de la República". "Y me cogía las manos y me decía: 'Lerroux, en nuestra patria faltan 30.000 escuelas, y es una obra tremenda a la que ha de

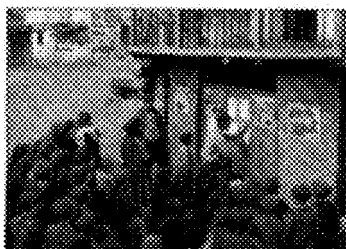
consagrar la República todos sus esfuerzos y todas sus energías. No importa el local, no importa el material... Lo que importa es el maestro'." (*El Sol*, 9 de junio de 1931).

En 1934 Cossío es distinguido como Ciudadano de Honor de la República. Es el primer español en recibir tal distinción, que sólo se concedería a otro: Miguel de Unamuno.

## O

"Para mí, por otra parte, y considerándolo como elogio, los hombres de la generación de Cossío y de otras posteriores que descollaron en la vida intelectual y artística, dentro de cauces parecidos, fueron hombres de una ingenuidad enorme, en un país de gente astuta, ya que no inteligente. Se dieron cuenta de muchas lacras y lacerias, pero

juzgaron que había fórmulas generales o particulares para sanar de ellas. Creyeron en la Pedagogía, en la Ciencia, en el Arte. Creyeron incluso en la virtud de los cambios políticos. Conocieron a España con nuevos ojos. Acaso conocieron menos a los españoles o a cantidad de ellos." (Julio Caro Baroja) ■ **R.S.**



Exposición improvisada en tierra de Sanabria (Zamora)